

años puede hacer el niño su primera Comunión, es que admite que, á partir de esta edad, el niño es capaz de sensibilidad, de mérito, de virtud. Nosotros juzgamos como ella.

» Esto es, Pedro y Simona, dicho brevemente, lo que significa el aniversario de vuestros siete años. Festejamos vuestra triple formación : inteligencia, voluntad, sensibilidad.

» Pedro y Simona : algo de vuestra infancia ha muerto ya : habéis pasado la infancia de la infancia. Festejamos esta fecha, que es un gran comienzo. No quiero deciros nada más. Ahora vamos á celebrar, en compañía vuestra, la venida al mundo de dos pequeños seres capaces de comprender, de querer, de amar, y de dos seres que son nuestros. »

Tales son, Francisca, las palabras que dirigiré á tu sobrina y á tu hijo. Creo que todos los asistentes las comprenderán, y nuestros dos héroes también. Y si alguno no las comprende, será, precisamente, « la mecha científica », el joven Bertrand-Tasqué, que sabe leer y escribir, que habla el alemán, pero que, sin embargo de todo eso y de sus siete años cumplidos, es un cerebro pobre y limitado.

## CARTA UNDÉCIMA

El aprendizaje de la lectura. — La *statilegia*. — Pequeño perfeccionamiento que permite aprender á leer y escribir al mismo tiempo. — La lectura y la pereza educadora. — ¿Cómo se debe hacer leer á los niños? — Buenos y malos libros para los niños. Los clásicos del niño francés. — Asimilación de lecturas. — Pedrito, Simona y la moral del maestro Corbeau.

**P**EDRITO y Simona aprenden á leer. Aprenden á leer con una facilidad y rapidez que maravillan á tu cuñada y á ti. Ello no se debe exclusivamente á que tienen el espíritu despierto sino á que se les enseña bien y no se ha comenzado á enseñarles demasiado pronto.

Como toda ciencia, mi querida Francisca, la ciencia de los signos escritos, representativos de ideas — la lectura — puede ser enseñada bien ó mal. La manera de enseñarla ha hecho importantes progresos desde que se preocuparon de calcar la lectura sobre la lengua. Decir á un niño : « Hé aquí un signo, R. Vas á pronunciar : *Erre* » equivale á cargarle la memoria de una noción sin ninguna relación con el lenguaje ni con las cosas reales, y además enseñar una falsedad : porque R, no se pronuncia precisamente *erre* en el momento de emplearla. Por el contrario; mostrar al niño la imagen de un ratón; hacerle pronunciar la palabra, hacerle observar que al principio de la palabra pronunciada tiene la sonoridad de *Re*; decirle, en fin : « Este sonido, esta « consonante » *Re* se representa por el signo R, que se pronuncia erre », es proceder con método, con probabilidades de fijar una noción exacta en la memoria del niño... La enseñanza científica y rápida de la lectura — la *statilegia*, como la llama un personaje de *Maestro Guérin* — se

basa en estos respetos de las realidades, en esta observación minuciosa de los hábitos vocales y auditivos del niño y también sobre el principio general de no pasar á lo compuesto hasta que se conoce bien lo simple. Para respetar este principio, se enseñará á leer las sílabas, no desordenadamente, sino por grupos limitados y sucesivos; y no se pasará, por ejemplo, á las sílabas que empiecen con *f* hasta que el niño se familiarice con las que comienzan por *b, c, d*. Con este sistema progresivo se componen ejercicios de lectura muy ingeniosos... Pero no es, mi propósito, querida Francisca, exponerte aquí los métodos de lectura.

Bien enseñados, Pedrito y Simona, aprenden rápidamente á leer por una segunda razón : antes de aprender á leer han aprendido á hablar bien. La « mecha científica » sabe leer, según aseguran sus padres, desde los cuatro años. Estos últimos días hice yo la experiencia y propuse á la « mecha » que leyera un suelto de un periódico, una gacetilla redactada en términos ordinarios, puedes creerme. Enrique Tasqué, á pesar de que ya cuenta hoy siete años cumplidos, vacilaba en la mayoría de las palabras porque no las comprendía; y las que leía sin vacilar me convencí de que tampoco las comprendía muy bien : por lo menos las confundía, pues daba el mismo significado á *escribir*, que acababa de leer, que á *hablar*, cuyo sentido conocía. La lectura, para él, es un ejercicio arbitrario en el que, viendo signos, pronuncia sonidos... ¿Por qué? Porque Enrique Tasqué no es una notabilidad; pero también, y sobre todo, porque ha leído las palabras antes de comprenderlas, y esto es absurdo.

Al mismo tiempo que á leer, exactamente al mismo tiempo, Pedro y Simona aprenden á escribir... Para llevar mejor á efecto esta simultaneidad, he hecho con ellos el ensayo de una modesta invención, que yo creeré mía hasta que averigüe, como es probable, que otros veinte antes que yo han coincidido conmigo. Mis discípulos aprenden á leer exclusivamente en caracteres manuscritos cuidadosamente hechos. Sus libritos de lectura se han impreso con caracteres de esta clase. Así no tienen que aprender, para una misma letra, más que *dos caracteres* — mayúscula y

minúscula — lo que ya es bastante. Y cuando saben leerlos, saben escribirlos ó poco menos. Me parece absurdo decir á un niño, de una vez, que el sonido *Re* se escribe *R, r, R, r*, es decir, de cuatro maneras diferentes... Cuando mis discípulos lean y escriban corrientemente en caracteres manus-



... Pedrito y Simona aprenden á leer... (Pág. 128).

critos, será el momento oportuno para enseñarles los impresos... Sólo que este procedimiento, que ahorra mucho trabajo al discípulo, lo da el maestro, obligado (hasta el día en que el método sea oficialmente admitido en las obras escolares) á redactar él mismo los primeros ejercicios de lectura. Puedes estar segura de que el procedimiento actual continuará todavía mucho tiempo en favor del maestro, gracias á la pereza educadora » que ya te he indicado, querida

Francisca, como uno de los entorpecimientos ordinarios de la enseñanza.

Conclusión : Enseñar á leer y escribir por un procedimiento metódico á un niño de siete años, en el cual la facultad de atención se ha cultivado y disciplinado, — y que sabe muchas palabras, — es asunto de algunas semanas.

Debemos, pues, querida sobrina preocuparnos ya del uso que harán en breve Simona y Pedro de esta doble y nueva ciencia que les inculcamos; sobre todo de la ciencia de leer, porque la de escribir interviene mucho más tarde para modificar las jóvenes inteligencias. ¡ Pero leer ! El efecto del libro es inmediato, fulminante á veces, en ciertos espíritus infantiles. Personalmente, yo me acuerdo que habiendo empezado á leer cuando contaba ocho años, fui casi inmediatamente un monomaniaco de la lectura. Hasta entonces, niño curioso y distraído, mi carácter cambi6. No queria salir de casa por gusto de leer. En el curso de algunos viajes que hice con mis padres, viajes interesantes que debían haberme distraído, llegué muchas veces á fingirme enfermo para que me dejasen en casa. Inmediatamente corría en busca de los libros como otros niños van en busca de las golosinas... Debido á esto tengo del libro para niños cierta desconfianza. Yo fui de esos niños á los que el libro, durante cierto tiempo, oculta la vida. El caso no es frecuente, me dirás. No lo es, quizás, á los siete años; pero lo es más de lo que se piensa algunos años después.

Así, pues, triple problema.

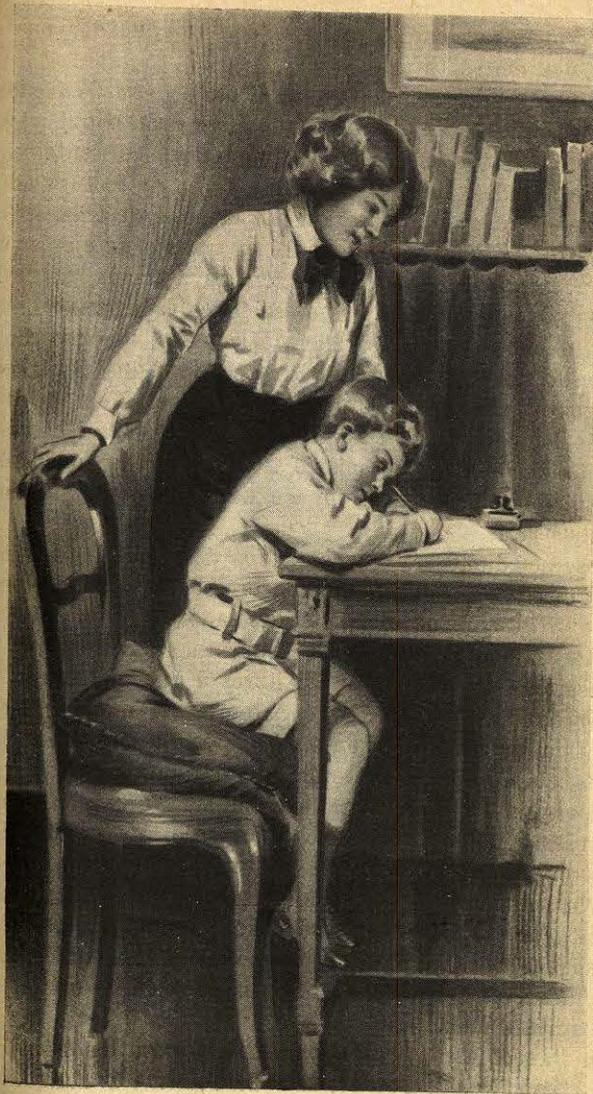
¿Cómo hacer leer á los niños?

¿Qué libros?

¿En qué medida?

\* \* \*

Desde que el niño sabe leer, el libro excita su curiosidad, y si es un niño aficionado á la lectura (lo que no suele ser raro), el libro suple en seguida, y con ventaja, al maestro. El libro puede, pues, devorar el descanso indispensable para distraerse y entregarse á los juegos y á los ejercicios



... Aprenden á escribir... (Pag. 128).

físicos ó entrar en competencia con el educador para la formación del espíritu.

Es, por lo tanto, un deplorable efecto de pereza educadora dejar al niño de siete á doce años leer cuanto quiere y lo que quiere. Cuando Pedrito y Simona lean corrientemente, no les permitiré más de una hora diaria de lectura en un principio, y aumentaré lentamente la dosis, de trimestre en trimestre. Además, me impondré el trabajo de ejercer una severa inspección, una inspección de aduanas, sobre los libros que pasen la frontera de su joven espíritu.

No sólo por lo que se refiere á la parte, que eso cae de su peso; sino porque quiero que cada página contribuya realmente, eficazmente, al progreso general del pequeño lector. La contribución no es despreciable si la lectura ha entretenido al niño, al mismo tiempo que hecho andar á su espíritu por frases de un lenguaje correcto expresando ideas sensatas.

Desgraciadamente, muchos libros destinados á los niños, están escritos en un lenguaje incorrecto, ó cuando menos, pobre, y además de estupidez desoladora.

Ya comprenderás, querida Francisca, que luego de así calificarlos, no voy á citar los libros á que me refiero. No hay necesidad de molestar á nadie. Sería mejor redactar una lista de las excepciones, de « los buenos libros para la infancia ». Los ingleses están muy orgullosos de los suyos: una persona mayor se entretiene con sus *Nursery tales* llenos de observaciones, de ingenio, y, á veces, de poesía. Está comprobado que los niños se complacen con ellos. Pero ¿si los *Nursery tales* forman buenos niños ingleses, sucedería lo mismo con los de otros países? No. Y como yo he excluido las lenguas extranjeras de la primera educación, quiero también, desde el primer momento, excluir todo lo que no sea francamente nacional.

En francés han escrito especialmente para los niños Berquin, Juan Nicolás Bouilly, M<sup>ma</sup> de Genlis... Y aunque hoy están totalmente olvidados no lo merecen. Que se les ceda un lugar en las lecturas infantiles. Tienen la ventaja de un arcaísmo relativo que permite al educador digresiones útiles

sobre la historia de la patria y amplian, en un niño que *hable ya bastante bien el francés moderno*, el conocimiento de su idioma. ¡ Pedagogos de Panurgo, no riais ! Es más natural enseñar á un niño francés de siete años un giro de su idioma del siglo XVIII que no uno moderno del inglés.

Entre los modernos, dos nombres de escritores merecen citarse, cuyas obras fueron para los niños franceses del siglo XIX una verdadera adquisición : la condesa de Ségur y Julio Verne. Una y otro, gracias á su estilo correcto y á su sencillez sin bobería, han enriquecido el patrimonio intelectual de la infancia francesa : un niño francés que no haya leído las *Memorias de un Asno* ni *Veinte mil leguas debajo del mar*, no habrá recibido toda la educación nacional; faltará algo á su cultura pueril. Precisamente porque ambos autores son muy típicos, muy nacionales (aunque M<sup>ma</sup> de Ségur era rusa) deben conocerlos los niños franceses, como los ingleses conocén los cuentos de nodriza, *Humpty Dumpty* y *La Casa derribada por Jack*.

Existe todavía otro libro para la infancia, muy francés también, más francés que los nombrados, que yo quiero citar á parte porque no es, como los otros, una lectura reposada, una lectura esencialmente moral : es una obra maestra. Ya habrás adivinado que se trata de los *Cuentos de Perrault*. Los niños los leen con avidez extraordinaria; no les causa ningún daño moral si el educador se toma la molestia de hacerles observar que esas narraciones son como un sueño, que no han pasado nunca y que el Gato calzado puede mentir sin vergüenza, porque es irreal... Todo niño que no es estúpido comprende la siguiente distinción : esto son « ideas de una persona mayor » que hace en el *Gato Calzado* una apología de la pillada y del engaño. Paralelamente, á menos que una institutriz histórica no se aplique á desviar al niño, éste comprende en seguida que las hadas, los genios y todo el aparato maravilloso del cuento es « cuento ». Se complacerá tal vez resucitando á Urgelia y Melusina cuando juegue con compañeros de su edad; pero no creará que eso « haya sucedido », como no cree, cuando lo representa, que es un general, un bandido ó su propio padre. Los cuentos de

Perrault, bien administrados á los niños, constituyen una alimentación provechosa. El estilo es un poco arcaico y difícil; pero tanto mejor, pues es excelente y contribuirá á ejercitar la inteligencia de los niños, sobre lo que, ante todo, es más importante: su propio idioma... Y por último, el niño, ejercitará en ellos ese don magnífico de la imaginación que algunos maestros estúpidos se empeñan en aniquilar porque ellos mismos carecen de él. Los niños tienen ojos de poeta, ha dicho (poco más ó menos) Taine. Conservémosles el mayor tiempo posible esta poética visión. Los « ojos de niño » que permanecen abiertos en el hombre, son los que hacen á los grandes artistas y también los hombres de acción heroicos y temerarios, los Colón, los Brazza, los Bleriot... Y por eso Perrault y Julio Verne son dos excelentes educadores de la imaginación infantil.

He hablado de Inglaterra y Francia. Algo análogo puede decirse de los demás países. Cada cual debe escoger los libros según su peculiar naturaleza é historia.

\* \* \*

En fin, ¿cómo deben leer los niños?

« Leyendo nada más, no se aprende nada — ha dicho M<sup>me</sup> Roland; — hay que extraer y convertir en propia sustancia lo que se desea conservar. »

Cuando la lectura deja de ser un esfuerzo que fatiga, hay que acostumbrar al niño á « convertir en propia sustancia lo que lee ».

Pedro y Simona leen ya breves narraciones, bastante corrientemente para poder, sin fatiga, después de la lectura, sufrir un examen oral sobre lo que han leído, referirlo y presentar sus observaciones... Las hacen á maravilla; bien es verdad que desde dos años há les he acostumbrado á practicar este sistema de comentar las narraciones orales que les hacía.

Ahora estrecho poco á poco mis interrogatorios; exijo á sus espíritus una verdadera concentración. El fondo del problema no varía.

— ¿Qué es lo que te ha llamado la atención en la lectura?

Si te digo, Francisca, que jamás me responden una tontería ó atolondradamente, no lo creerás; pero tú misma has comprobado que, á veces, aciertan ó nos sorprenden con una apreciación ingeniosa é imprevista. Sobre todo les prohibo que sean confusos ó prolijos. Más adelante, cuando sepan escribir bien les exigiré que me resuman en tres líneas el sentido de una lectura. (No hay un lector, por cada diez, que sea capaz de hacer este ejercicio si desde su infancia no se le ha acostumbrado á ello.)

El otro día, hice leer á mis discípulos esa fábula de *Cuervo y el Zorro*, cuya pretendida inmoralidad excitó en el *Emilio* — un poco puerilmente — la inspiración de Juan Jacobo... (La Fontaine, no es necesario decirlo, es uno de los autores que deben formar á los niños franceses; pero la experiencia nos ha enseñado que no les gusta mucho á los niños.) Cuando terminamos la lectura pregunté á Pedro:

— ¿Qué te llama la atención en la fábula?

Tu hijo respondió con mucha simplicidad y buen sentido:



¡Qué niña tan hermosa! (Pág. 136).

— Que no debe gustarnos demasiado los elogios que nos hagan.

Al decir esto miró de reojo á su prima, la cual pasa, precisamente, por una muchachita á la que no le desagrada que la elogien y que se pavonea cuando oye murmurar en la calle á su paso : « ¡ Qué niña tan hermosa ! » ó « ¡ Qué hermosos cabellos rubios ! »

— ¿ Y tú, Simona ? — le pregunté.

Hizo una mueca ; le disgustaba pronunciar su propia condenación. Fijó sus grandes ojos de muñeca en mí y replicó, perfectamente consciente de lo que envolvía su respuesta :

— Esa fábula prueba que debemos escuchar los elogios aparentando que no los oímos.

He dado un punto á cada uno de ellos. Juan Jacobo me lo hubiera reprobado. Pero á mí no me molesta que un niño francés tenga ingenio.

## CARTA DUODÉCIMA

Una consulta. — Las dos mujeres y los dos hijos del doctor. — Malestar de una pareja de educadores sistemáticos. — Enrique se aburre. — El remedio del colegio. — Examinemos desapasionadamente el problema del internado. — Utilidad de la vida, de la educación en común.

Estos días, querida sobrina, he recibido una carta de nuestro amigo el doctor Bertrand-Tasqué. Con las formas un poco ceremoniosas habituales en él, y con mil excusas, me pide « por favor, que le fije una cita, en su casa, y no en la mía, si no me molesta ; pero el día y la hora que á mí me convengan ».

Y aquí tienes explicado por qué ayer, Pedrito y su institutriz, me encontraron subiendo la hermosa escalera moderna de la casa en la cual los dos departamentos superpuestos del tercero y cuarto pisos están ocupados : el uno por nosotros, Francisca, y el otro por la familia Tasqué.

Algo intrigado llegué y seguidamente me introdujeron en el gabinete del doctor, donde su esposa y él me esperaban con visible impaciencia.

« — Querido amigo — me dijo el marido. — Ni usted ni yo podemos perder tiempo : voy, pues, á entrar inmediatamente en materia, no obstante la digresión aparente de mi exordio.

» Usted sabe que yo me he casado dos veces. Mi primera esposa fué una enfermera, de una gran belleza y extrema juventud, de una virtud perfecta, pero sin una gran curiosidad intelectual. De ella conoce usted una imagen : Silvia, para la cual es usted muy indulgente, aun-